

## ***Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina\****

María Maneiro

••

### **Aportes para una crítica del extractivismo y la acumulación por despojo**

Con gran capacidad descriptiva, explicativa y predictiva, Marx expresó que el capital se instituyó con una violencia inusitada; esta rompía con las modalidades tradicionales de relación entre los hombres, y con ellos y las cosas. La frase que condensó este proceso de ruptura fue revisitada por Marshall Bergman: *todo lo sólido se desvanece en el aire*. . . tal como nos recordara hace poco tiempo, en una revista de la facultad, Norma Giarracca.

La tríada violencia, despojo y capitalismo contiene aquí, con toda su crudeza, su referencia primigenia. Ahora bien ¿todo proceso de desarrollo supone esta tríada? ¿La modernidad es apenas esto? ¿Nos referimos a fenómenos semejantes cuando describimos el capital, la modernidad y el desarrollo?

Este libro es un texto que remite a los elementos clásicos de las ciencias sociales y del pensamiento social latinoamericano: lo tradicional y lo moderno; el desarrollo y el subdesarrollo; las transiciones y el despojo. Pocos problemas han sido tan centrales en la tradición sociológica latinoamericana como estos. He aquí el por qué de la reseña de este libro en la revista de la carrera de Sociología. *Renunciar al bien común* es un libro escrito por investigadores académicos y por pensadores latinoamericanos que emprenden una labor solidaria que se distancia del hacer académico estrecho. Su orientación contiene diez artículos y una introducción que remiten a las preocupaciones clásicas del despertar sociológico de América Latina en general y de Argentina en particular en un marco de perspectiva amplia.

Los interrogantes sobre los que se asienta, las inquietudes que instala, más allá de sus particulares respuestas, constituyen algunos de los anudamientos constitutivos. La *teoría de la modernización*, sabemos, tuvo en Germani uno de sus exponentes más interesantes. Germani, más allá y más acá de las versiones estereo-

---

\*. Massuh, Gabriela. (2012). *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Mardulce, págs. 328. ISBN: 978-987-269-658-0.

tipadas de las transiciones a la modernidad, configuró un itinerario intelectual que dejó huellas en la producción sociológica de los últimos cincuenta años.

Las complejidades del *capitalismo desigual y combinado*, para remitirnos a un clásico problema revolucionario, emergían configurando un plano de inmanencia que, con diagramas diversos, contendría al pensamiento crítico de la región. Geomorfologías complementarias vendrían a complejizar la idea de que todo lo sólido se desvanecería en el aire. . .

La *teoría de la dependencia* configuraría un nuevo diagrama en el cual el concepto mismo de desarrollo se dislocaría de sus elementos tradicionales y se ligaría a una malla más estrechamente vinculada a los términos de intercambio y a la particular relación centro-periferia. Este desplazamiento enriqueció el abordaje crítico regional y se constituyó en un nudo de anclaje para nuevos develamientos y eclipses.

Entre *el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad*, el desarrollismo, constituyó en la segunda mitad del siglo XX, un posicionamiento político-académico que con matices diversos enmarcó los proto keynesianismos criollos. Procesos de ciudadanización ampliada, integración social con anclaje laboral, movilidad social ascendente y crecimiento sostenido fueron las promesas del modelaje. No obstante, a pesar de las promesas, la industrialización a contrapelo se enfrentó con grandes obstáculos. Peor aún, la ruptura neoliberal – con su consenso de Washington – quebró estas intenciones y, en ciertos aspectos, eclipsó hasta nuestros días sus complejidades.

El libro al que nos referimos en esta reseña se sitúa en los procesos que se desarrollan en América Latina hoy, describiendo, analizando y discutiendo las propuestas de promoción económica y social de la región. Es importante destacar, por ello, que *Renunciar al bien común* propone una aproximación a un debate de nodal importancia. Este remite al papel del Estado, al modelo de organización económico-social y a la reflexión crítica respecto de los efectos de la acumulación por despojo. En este sentido aplaudimos la aparición del libro, y aplaudimos, aún más, la vocación crítica en la que el texto se inscribe, en un momento en el cual algunos segmentos de la intelectualidad de nuestro país se (con)funden con los gobiernos y/o con los grandes medios empresariales de comunicación.

*Renunciar al bien común* está editado por Gabriela Massuh, ella escribe unas breves palabras preliminares que introducen el libro. Este se compone por tres grandes apartados. El primero contiene un «cuadro de situación», el segundo una «mirada retrospectiva: los ciclos de desposesión» y el tercero «resistencias y rebeliones: un camino abierto hacia».

Dentro de la primera parte del libro, encontramos cuatro artículos con estilos bien diferentes. El artículo de Maristella Svampa «Pensar el desarrollo desde América Latina» abre la serie de trabajos con un texto general que explicita el problema del libro e introduce dos nociones de interés: el consenso de commodities y el extractivismo. Quiero subrayar, asimismo, la capacidad analítica que eslabona

Svampa – para leer las múltiples crisis contemporáneas – tomando la sugerencia de Jessop y resignificándola a partir de la noción de extractivismo. Estas dos nociones mencionadas le permiten encontrar puntos de sintonía entre las propuestas políticas de neodesarrollismo liberal y de neodesarrollismo progresista. Es menester destacar que el trabajo de diferenciación y (des)diferenciación de estas propuestas es de gran importancia. Frente a ellas, la autora resume y sistematiza una propuesta diferente que llama posdesarrollista y que supone una crítica a las nociones mencionadas.

Esta primera parte del libro se cierra con un artículo de Eduardo Gudynas llamado «La crisis global y el capitalismo benévolo de la nueva izquierda criolla». Este apartado contiene una reflexión emparentada a la de Svampa. No obstante, aquí se precisan y se expresan más extensamente las características del «capitalismo benévolo» promoviendo una respuesta acerca de por qué la «izquierda criolla» se quedó atrapada en las redes del extractivismo.

Me quiero detener especialmente en estas dos aproximaciones porque, considero, enmarcan algunos de los aspectos que más me interesan en relación con la propuesta general del libro, a saber: las continuidades y las rupturas de las experiencias progresistas de gobierno respecto del neoliberalismo y del desarrollismo local. El interrogante acerca de por qué las experiencias de gobierno tienen dificultades para llevar adelante políticas económicas más complejas e integrales, constituye un dilema imposible de soslayar para el pensamiento crítico y celebro estos intentos de abordar el dilema, en un contexto poco propicio para la reflexión autónoma. Con todo, creo, este podría enriquecerse, tal vez aún más, si se nutriera de los aportes fundantes de las ciencias sociales de la región. En este sentido, tal como lo han hecho estos mismos autores en otras oportunidades, y enfocándonos desde nuestra perspectiva disciplinaria, un retorno a la teoría de la modernización, a la teoría de la dependencia, al marco cepaliano y a la noción de colonialismo interno, podrían complejizar la crítica de las experiencias descriptas.

Dentro de esta primera parte, asimismo, se puede encontrar el trabajo de Raúl Zibechi «Las penas son de nosotros. La conformación de un nuevo bloque de poder en Uruguay» en el cual se muestra la paradoja acerca de la extranjerización de la tierra y la nacionalización de los daños en Uruguay en el contexto de los gobiernos del Frente Amplio. Una mención especial merece el artículo de María Mirta Antonelli «Megaminería transnacional y espectros de lo justo. Tiempos de impunidad y territorios de inmunidad» que resume una investigación acerca del apoyo del gobierno canadiense a las empresas mineras, la participación ciudadana denunciando este entramado y las controversias jurídicas internacionales respecto de este tema.

La segunda parte del libro, la mirada retrospectiva de los ciclos de desposesión, contiene dos artículos de gran interés, «Acumulación por desposesión: la colonialidad del poder en América Latina» de Miguel Teubal y Tomás Palmisano y «El círculo vicioso del extractivismo» de Raúl Prada Alcoreza.

Dentro de dos narrativas diferentes, ambos textos potencian la historización de los diferentes procesos de acumulación en América Latina en general, en el primer caso, y en Bolivia, en particular, en el segundo. Teubal y Palmisano exploran las dinámicas de explotación de los recursos naturales tomando como eje ciertos momentos o hitos en los que se establecen o reconstruyen relaciones de dominación. Primero la conquista y colonización; luego, la era liberal y la conformación de las economías primario-exportadoras hacia fines del siglo XIX y XX y por último, la etapa actual de dominio del neoliberalismo. Por su parte, a Prada Alcoreza lo mueve distinguir cuál es la característica del ciclo de la plata a diferencia del ciclo del estaño y qué similitudes y diferencias poseen estos del ciclo de los hidrocarburos.

Como si esta historización fuera poco, ambos trabajos enriquecen sus enfoques con algunas sugerencias teóricas de gran potencia. La noción de acumulación por desposesión, que Teubal y Palmisano retoman de Harvey constituye un aspecto digno de destacar. Asimismo, la reelaboración de la propuesta de Arrighi, que realiza Prada respecto de los ciclos de acumulación, constituye otra de las riquezas de este apartado. Con todo, cabría preguntarse si en ambos textos no se eclipsan las potencias emancipatorias de los procesos nacionales-populares de mediados del siglo pasado, emparentando y diferenciando los giros modernizadores respecto del núcleo de desposesión y oscureciendo relaciones sociales divergentes. En otros términos, este tipo de perspectivas devela nudos centrales de las relaciones sociales historizadas, pero tal vez emparenta procesos (ambiguamente) democratizantes con procesos modernizadores (claramente) excluyentes.

Considero que he aquí uno de los elementos que subyace en muchos de los textos de la última parte del libro y que constituye un aspecto que, desde mi perspectiva, es muy discutible. Me refiero con esto al enfoque homogenizante y negatizante de la modernidad y del desarrollo que aparece, con sus más y sus menos, en muchos de los artículos que componen en entramado discursivo del libro. Este prisma, en sus versiones más crudas, reproduce en forma inversa muchos de los aspectos que constituyeron el andamiaje más clásico de la teoría de la modernización, prefijando linealidades constitutivas, reificando procesos complejos y abiertos e imaginando lacunaridades no modernas, des-ancladas del sistema-mundo. Cuando aparecen estos aspectos, las potencias críticas de los textos se enflaquecen ante una polaridad simplista.

La tercera parte del libro refiere a las resistencias y rebeliones. Cabe decir que uno de los aspectos sobresalientes de todo el libro es el gran compromiso de los autores con los procesos de lucha y de defensa de los derechos de las poblaciones. En un contexto en el cual muchas comunidades soportan procesos de desplazamiento forzoso y represión, este compromiso es un aspecto enormemente valorable de esta producción. Asimismo, esta posición se refleja en el abordaje de las resistencias que se elabora en este apartado. Este se compone por cuatro artículos: el primero corresponde a Norma Giarracca y se titula «Tres paradojas para pensar la política», el siguiente es de Gustavo Esteva y se llama «Los quehaceres del día», el tercero trata

sobre «El buen vivir en la senda del posdesarrollo» y la autoría es de Alberto Acosta y, finalmente, el último artículo es de Ana Esther Ceceña y se titula «No queremos desarrollo, queremos *vivir bien*».

Podríamos clasificar estos cuatro artículos en relación a la especificidad de su contenido. En este sentido, por su carácter, los artículos intermedios constituyen aproximaciones más concretas a la problemática planteada. El texto de Esteva retoma los planteamientos zapatistas y revaloriza las experiencias novedosas que constituyen un tejido social vigoroso. El artículo de Acosta describe al *buen vivir* dentro de un argumento que lo sitúa no ya como una modalidad de desarrollo alternativo, como se habría intentado desde la CEPAL y la teoría de la dependencia, sino como un camino alternativo al desarrollo mismo. Este texto se asume desde una perspectiva que visualiza el fin del modelo de desarrollo moderno y anuncia el «fin del utilitarismo antropocéntrico sobre la naturaleza». Ambos artículos, más allá de su problemático fatalismo, dan cuenta de dos experiencias interesantes que han de tomarse en consideración a la hora de repensar una forma de organización social que no se sustente en la acumulación por desposesión y en el extractivismo. Asimismo, una aproximación al *buen vivir*, que tan en boga se encuentra actualmente, pero de la que aún poco se sabe, puede colaborar en un acercamiento más informado al tema que nos ocupa.

Finalmente, cabe decir que, como en la primera parte, los ejes más generales de la discusión que presenta este apartado del libro se encuentran en el texto que abre la tercera parte y en el artículo que cierra el volumen. El trabajo de Giarracca repone los fundamentos de la diáda desarrollo-subdesarrollo, que posteriormente actualizará en sus tres paradojas. En un segundo momento, la autora desarrolla la estructura de oportunidades políticas para las resistencias en tres situaciones diferentes: los países andinos (Bolivia y Ecuador), los países con una estructura de oportunidades políticas negativa (Colombia, Chile, México y Perú) y las socialdemocracias latinoamericanas (Brasil, Uruguay y Argentina). Anclándose en este punto, Giarracca desarrolla una crítica a los «gobiernos progresistas» para finalmente exponer las tres paradojas para pensar la política: la primera, es que aún dilapidando sus recursos naturales los países no logran reducir la pobreza; la segunda, afirma que el progresismo no logra cuestionar el saqueo a los recursos naturales; y la tercera, concluye en que en esta situación los movimientos sociales tienen más dificultades para encontrarse con que «otro mundo es posible». Por su parte, Ana Esther Ceceña, en un texto que tiene sugerencias interesantes, más allá de su particular formato – algo simplificado – describe los dos grandes tipos de culturas que configuran «mundos concebidos y organizados a partir del establecimiento de relaciones intersubjetivas múltiples, donde la naturaleza constituye una totalidad abierta y en permanente recreación; o de relaciones monosujéticas (sujeto-objeto), con un sentido jerárquico y una gran capacidad transformadora pero también destructora». Absteniéndose de su enunciación dual, solo matizada en un par de notas al pie, afirmo que el texto tiene más interés por lo que sugiere que por lo que enuncia, porque

con sus propias herramientas y las resignificaciones que invita a realizar junto con Prigogine y Wallerstein, podría trabajar las modalidades de articulación y vinculación compleja entre estas dos formas culturales. Me refiero con ello a los nudos de subyugación y las tensiones entre una modalidad colonizadora que intenta extenderse y una modalidad que está profundamente inscrita y que se vincula de formas complejas con la institucionalidad dominante manteniendo, sin embargo, a partir de la resistencia incansable, algunas de sus características ancestrales.

Cabe decir, para terminar, que el libro en su conjunto expresa preocupaciones de enorme interés y contiene un sustancial aporte crítico a los procesos sociales contemporáneos; con todo, a pesar de este norte que compartimos, algunos de los trabajos se inscriben en un enfoque (anti) o (pos)moderno y (anti) o (pos)desarrollista que externaliza los «camino hacia». Si el capital es revolucionario y bárbaro; si la modernidad es ofrecimiento emancipatorio y desigualdad real y si el desarrollo es promesa de inclusión y profundización de las brechas sociales, más que salirnos de la modernidad y el desarrollo podríamos cortar transversalmente las relaciones que lo sustentan, resignificando sus aspectos dinamizadores como arma de transformación de aquellos que lo inviabilizan. Las transformaciones que instala la acción social, pienso, se sustentan más en la tensión intrínseca, en la estructura fallada y en la imposibilidad del cierre, que en la búsqueda de una supuesta externalidad.